

Joan Oliver

La Pulmonía

El autor del cuento que hoy publicamos es un eminente escritor catalán—poeta, narrador, dramaturgo y periodista—que acaba de fijar su residencia en nuestro país. En Barcelona, durante los últimos diez años, ha publicado libros de poemas y cuentos, ha colaborado en los principales diarios y revistas catalanas y ha estrenado con éxito varias obras dramáticas. Su libro «Bestiari» mereció el Gran Premio de Poesía, y su drama «La Fam» (El hambre) obtuvo el Premio Nacional de Teatro Catalán, las más altas recompensas que se otorgaban en Cataluña.

Su obra, sólida y moderna, lo sitúa a la vanguardia de la nueva literatura catalana.

El presente cuento—traducido por su autor—modelo de prosa estilizada que tiende a eliminar lo accesorio y dar a las palabras todo su valor e intensidad expresiva, es una muestra brillante del arte personalísimo y del fino humorismo del gran narrador barcelonés.



— **M**I madre, pensaba Marieta, mi madre no me quiere.

Andaba sin tino entre las vitrinas de los grandes almacenes. En la calle llovía y hacía frío. Marieta había salido de su casa con un deseo incontenible de morir, de olvidarlo todo, por lo

menos. Olvidar a su familia, sobre todo a su madre. A su hermano, a su hermanita. Todo. También las ropas de su cómoda. Ya no le gustaban; nunca más emplearía sus ocios en desplegarlas, doblarlas otra vez, depositarlas, cuidadosamente alisadas, en su cajón. Tampoco amaba ya sus libros: ni los cuentos maravillosos de cuando era niña, ni las historias de amor que tanto la hicieran soñar. Nada. Nada. Todo era para el trapero.

Los grandes almacenes rebosaban luz, gente, vocerío, pero Marieta no veía nada, no oía nada. A menudo tropezaba con alguien, pisaba algún pie. No le importaba. Aquellos hombres, aquellas mujeres eran insignificantes. Un momento vió a un niño embobado ante un juguete mecánico que funcionaba sobre el cristal de un mostrador. El niño era feo, lloraba, aun chillaba. La mujer que le acompañaba era rechoncha... Marieta andaba casi a tientas. No quería ver nada, ansiaba desaparecer, desvanecerse como el humo.

Amaba a Carlos, sólo amaba a Carlos. Despreciaba todo lo demás. Adoraba a un hombre. ¿Quién se atrevería a discutir ese amor? ¿Ya sabían de quién se trataba? Carlos había besado, le había murmurado al oído unas palabras extraordinarias. No podía ahora recordarlas. Quizá no las recordaría jamás. Pero ¡qué palabras, madrecita mía!

Los grandes almacenes rebosaban luz, rumores confusos. La gente andaba de un lado para otro. Ancia-

nas que ranqueaban, niños llorones, jovencitas bobaliconas, matrimonios aburridos.

Marieta pensaba en su madre. Veíala con aquella bata más bien sucia, en zapatillas, despeinada. Oíala hablar de Carlos, sin amor, sin respeto. Prohibía a Marieta que se viera con él, que le telefonara, que le escribiera. ¡Su madre! No conocía a Carlos y se atrevía a condenarlo, a burlarse de él. Marieta llegó a pensar que su madre llevaba luto en las uñas. ¿Y los dientes? Poco limpios. Era la verdad. Hasta entonces no se había dado cuenta de todo ello.

Los ascensores tragaban y arrojaban bandas de personas ingratas que se movían perezosamente. Viejos encorvados, adolescentes de rostro granujiento, damas obesas que arrastraban los pies.

¡Pero si Carlos era admirable! ¿Quién no se daba cuenta? Habíala besado en la mejilla como una seda, detrás de la oreja como un suspiro, en la boca como una rosa, como un rocío, como una miel tibia, como un vino ardiente. Y habíale susurrado, poco a poco, para ella sola, unas palabras formidables, tales como: ternura, agonía de amor, dulzura, ángel, almohada, primavera y azul... No era eso. Carlos podría repetir aquellas lentas oraciones tantas veces como le apeteciera. Sin embargo, ella nunca se lo pediría. ¡Qué miedo! Nunca se atrevería a pedirle nada. Esperar, sólo esperar que se acercara, que la ciñera por el talle. (¡Qué cosa!) ¡Y quien sabe qué sucedería! Ella, quieta, con los ojos muy abiertos, y los dientes prietos.

Alguna novedad, alguna sorpresa se produciría. Pues Carlos podía hacer cuanto se le antojara.

Golpes secos de las cajas registradoras, chirridos del papel de envolver. Los almacenes que iban viviendo a su alrededor, lejanos, extraños, como un sueño a medio soñar.

Su madre no la quería. Era vieja y cruel. Un momento Marieta había llorado, pero en seguida se repuso. Había echado a correr por el pasillo, hacia la puerta. Su madre gritaba: —¿Dónde vas? ¡Ven! No quiero que bajes. ¿Oyes? —Demasiado la oía. Escalera abajo. Su madre había salido al rellano. Siempre gritando: —¡Marieta! ¡A casa, te digo! ¡Te cerraré la puerta! ¡Mala hija! —Marieta corría escalera abajo, saltaba los peldaños de dos en dos. Y pensaba: —¡Carlos! ¡Por ti! ¡No saben nada! ¡No ven nada! Los olvidaré. Todo va a terminar. Nunca más los volveré a ver.

Los grandes almacenes altos de techo, de muros relucientes. Ropas de color. Marieta descubrió muy cerca de ella un hortero de cabello engomado, bajo los pliegues de una pieza de seda carmesí. Hablaba sin descanso. Braceaba como un náufrago. Era un rostro lívido, de ojos hundidos de pómulos salientes...

¡La muerte! Al huir de su casa, Marieta, había pensado en la muerte. Cierto. Por Carlos hubiera deseado morir. Ahora ya conocía la felicidad. Y aun adivinaba que la felicidad es huidiza, cosa de un instante. Así ¿valía la pena la vida, todo? Ya no era

una niña como Antonieta, su hermana. ¡Qué lástima! No había aprovechado sus tiempos primeros. Un año, sólo un año atrás ¡cuán distinto el mundo! Aquello pasó volando. Entonces ¡qué esperanzas animaban todas sus horas! ¡Qué locas, pequeñas, ricas esperanzas! Los juguetes, las golosinas, los jardines, las vírgenes de las capillas. Y otras cosas sin nombre, con colores vivísimos, de formas vagas pero adorables. Y qué sentimientos sin objeto, qué amores recónditos y agitados hacia damas desconocidas, soñadas, deseadas tan sólo; hacia caballeros de especie sobrenatural, elegantes como las flores, brillantes y melancólicos como las estrellas de la tarde. Pero todo había pasado, todo murió para siempre. Ahora sólo tenía a Carlos. Y era cosa muy diferente. Alguna nueva fuerza habíase despertado en Marieta. Un impulso indefinible, un deseo doloroso, difícil, turbio; una obscura voluntad de sufrimiento deleitoso, de hacer sufrir a alguien deleitosamente. ¿Sería el amor? ¿Lo que las historias llaman amor?

Marieta salió a la calle. Llovía aún. El agua era fría. Hacía viento. Pero la muchacha ya no temía la lluvia ni el frío. Andaba lentamente, sin tratar de guarecerse bajo los balcones; levantaba la cabeza y el agua batía sobre su cara. No le importaba el peinado, ni el vestido, ni los zapatos casi nuevos. (—Si por lo menos llevara el abrigo—habíase dicho al salir de la casa). Encontró una acera sin baldosas llena de barro y se complació en reseguir los charcos que le parecían

más profundos. Con golpes de pie sobre el agua encharcada, salpicaba la pared o el tronco de los árboles. Empezó a hablar con Carlos en voz alta, como si Carlos anduviera a su lado, como si inclinara el rostro sobre sus ojos. —Buenos días, Carlos. ¿Tú por aquí? Ya me ves, estoy loca. Huí de casa para no volver. ¿Hace muchos días que nos amamos? Vete, que te estás mojando. He cumplido diez y seis años, ¿lo sabías? Soy vieja. He perdido algo. ¿Me ayudas a buscarlo? No lo encontraremos. —Mientras tanto la lluvia no cesaba.

Estalló un gran trueno, (otros habían estallado ya aquella tarde, pero Marieta no los advirtió), estalló un gran trueno y la muchacha se asustó. Súbitamente la lluvia hizose irresistible. Marieta se cobijó bajo un portal. Había allí un perro, un muchacho, un soldado y tres mujeres con fardos. Una de ellas dijo con voz ronca: —¡Recontra, qué aguacero!— Marieta repitió en voz baja: —Un aguacero...—. Y admiró a aquella mujer alta y dura que parecía no temer nada, está preparada contra cualquier acometida del destino. El soldado volvióse hacia Marieta y exclamó alegremente: —¡A... aho... ra va bien! (Era tartamudo). La muchacha le miró: sonreía, mostraba unos dientes perfectos y un rostro de campesino. —Es un soldado— pensó Marieta. Sin embargo iba sucio y desgarrado, sin «una sola cosa dorada encima».

Hacia un rato que no llovía y la muchacha había reanudado su paseo sin rumbo. —¿Dónde iré? se de-

cia. Un escalofrío le atravesó la espalda. Entonces se dió cuenta de que su vestido estaba calado. —¿Por qué he salido de los almacenes?— Sin embargo, todo le era indiferente. Los cabellos húmedos, amechados, le caían por la frente, rozábanle los ojos. Para apartarlos sacudió la cabeza. Miró hacia arriba y vió, sobre la portalada de un cinema, las testas enormes de un hombre y una mujer que se besaban apasionadamente. Los labios de ella eran aplastados por la boca de él. Ella con la cabeza caída hacia atrás, cerraba los ojos y su inmensa cabellera roja se precipitaba en grandes mechones como una cascada. El mostraba unos cabellos azules bien peinados, y miraba intensamente a la mujer, mientras la besaba con tanta voracidad. Marieta bajó los ojos. Aquel beso gigantesco, público, escandaloso, parecía dar la razón a su madre. A su madre que no se cansaba de prevenirla contra los peligros que corren las niñas por esas calles, en estos tiempos de costumbres abominables. La mujer no precisaba la naturaleza de tales peligros y los incluía en la denominación vaga de «pecados». Sin embargo, Marieta los adivinaba, presentía su impureza y su atracción. Volvió el rostro y todavía vió aquel beso que debía perdurar toda una semana sin perder sus colores rutilantes, su diabólica fogosidad.

Marieta sentíase mal. Experimentó—como ya he dicho—escalofríos; más tarde un dolor al costado. Y ahora se daba cuenta de que le ardían las sienes y las mejillas. Pensó afanosamente en Carlos y lo imaginó

en una oficina remota, tecleando, tirando un papel machucado y acertando con él la boca de una papelera apartada. Después lo descubrió muy distintamente en un tranvía, de pie en la plataforma, pegando fuego a un cigarrillo con el encendedor que ella le regaló el domingo último. (Miróse el muñón para asegurarse de que llevaba el brazalete de plata y marfil, obsequio de Carlos). Así, pues, ella sentíase mal, iba enfermando y Carlos estaba lejos y pensaba en cualquier cosa.

Entonces Marieta se dió cuenta de que estaba cerca de su casa. ¿Qué instinto la condujo? De golpe había reconocido una tienda color de naranja. Estaba en su calle, a dos pasos de la puerta de su casa. Tenía sed. Y deseos de ser cuidada; deseaba especialmente que alguien le pasara una mano fresca por la frente. Sentíase muy débil. No podía luchar contra los suyos. Su madre entonces era tan sólo una mujer maravillosa con manos que apaciguan la fiebre y saben abrigar con suavidad y amparar como unas alas. Carlos quedaba muy lejos, erecto e inmóvil, con una sonrisa ficticia, como la que se improvisa ante el fotógrafo. ¿Dónde estaban las manos de Carlos? Marieta tuvo que admitir que se escondían en los bolsillos. ¡Qué sed y qué angustia! Marieta capitulaba.

Entró. La portería estaba desierta: veíase luz en la escalera del subterráneo, de donde subían voces agudas y violentas. En cualquier momento emergería la portera masticando ostentadamente, o su hija con los mocos al aire, o ambas peleándose como de costumbre.

Marieta emprendió la escalera. Nunca lo había hecho: cogerse a la barandilla. Entresuelo. Su madre la vería con la ropa calada, con los cabellos sueltos. Sería necesario pedir perdón, prometer que nunca más vería a Carlos. Jurarlo. ¿Y cuándo se darían cuenta del vestido hecho un estropajo? Principal. Antonieta se reiría de ella, sacaría la lengua en señal de mofa. Señalaría los zapatos maltrechos, haciendo aspavientos. Sería preciso llorar, entregarse a una desesperación aparatosa... Marieta experimentó una opresión en el pecho. Y sintió un nuevo escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Se apresuró a subir la escalera. Sus dientes castañeteaban. Temblábanle las manos. Había llegado ante la puerta de su casa. No se decidía a llamar. Todavía buscó desesperadamente la fuerza perdida, en el recuerdo nebuloso de Carlos, en el sentimiento fugitivo de su amor. Tenía sed... Ansiaba abandonarse en brazos de alguien; echarse en la cama, cerrar los ojos. Sus mejillas ardían, se le nublaban la cabeza... Llególe una voz desentonada y tenue. Y todavía pudo discernir que era su hermana que cantaba como una tontuela.